
Entrada Libre

Una revista, sesenta años después

Los Annales

Tomado de *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, año 44, número 6, noviembre-diciembre de 1989. Traducción de María Teresa Solana.

La herencia de los *Annales* pertenece a todo el mundo: permite a cada quien hacer una lectura particular, extraer los elementos de una práctica o de una postura intelectual, remitir un análisis generalmente más revelador de la evolución de su autor que la de la revista. Pero ¿quién creará que la invención intelectual pueda acompañar la transmisión material? La innovación no es objeto de herencia sino un proceso de redefinición constante en un campo de fuerzas en evolución perpetua. Las cuestiones históricas son resultado, a la vez, del encadenamiento de las prácticas pasadas de la disciplina, de la configuración actual de las constelaciones disciplinarias, de las condiciones del momento de la producción del saber social: de todos los libros, el historiador escribe los más efímeros.

Desmontar los saberes —“los muros son tan altos que, a menudo, tapan la vista”, suspiraban Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929—, exponerse “tanto como se pueda, aceptando todos los riesgos, en el límite mismo de las innovaciones que se esbozan”, como escribió Fernand Braudel en 1969: ahí reside la fidelidad a las ambiciones de la revista desde que ésta existe. Para el resto, es el proyecto del momento el que hay que redefinir constantemente. En 1989 los *Annales* cumplen sesenta años: ¿qué mejor ocasión que ésta para hacerlo y para rechazar del mismo movimiento la elección que algunos han propuesto entre la petrificación y la disolución? El número que se va a leer reúne la primera serie de textos —otros seguirán regularmente— suscitados por el llamado que lanzamos en 1988 (“Histoire et sciences sociales. Un tournant critique”, *Annales*, marzo-abril 1988, pp. 291-293) y que indica el papel que entendemos tener. Ni escuela, en tanto que los riesgos de convertirse en capilla o institución son grandes, ni buzón (incluso de renombre), sino lugar de experimentación.

Diseñar el campo de una confrontación fructífera de las investigaciones en curso, cristalizar los nuevos cuestionamientos y las nuevas formas de hacer que las canteras, numerosas pero dispersas, se vean definidas, establecer las bases renovadas sobre las cuales fundar el oficio de historiador y el diálogo con las ciencias sociales: nuestras ambiciones son desmesuradas si ellas no en-

*Los historiadores de los Annales
han sido los primeros
en subrayar la complejidad
del tiempo y han privilegiado
la larga duración.*

cuentran un eco y un apoyo en la reflexión y el trabajo colectivos. Es necesario, entonces, esbozar desde ahora los primeros ejes a lo largo de los cuales deseamos avanzar juntos. Ellos constituyen los elementos de una política redaccional. Desean ser la incitación a una obra común.

Ni la posición cronológica de los objetos que ella se da, ni sus procedimientos de análisis, ni la naturaleza de su documentación bastan para fundamentar la originalidad de la historia. El historiador, se ha dicho, construye sus problemáticas en la intersección de una larga serie de comentarios y de interrogaciones del presente, y toma prestados hoy en día muchos de sus métodos de las ciencias del hombre afines. A la inversa, cuando el economista establece el movimiento de los precios en el siglo XVIII, o cuando el filósofo estudia la génesis de las estructuras de los encierros, ellos encuentran en las épocas antiguas un repertorio de circunstancias más ricas que las de ahora. Pero es entonces menos la historia, que es federativa, que su dominio de aplicación —el pasado— que es casi universal. Entonces ¿el historiador no tendrá otra cosa que hacer que abrir su territorio a una práctica ecuménica de las ciencias humanas después de haber enseñado a todos los procedimientos de exhumación y puesta en obra de las fuentes antiguas? El riesgo sería, entonces, no encontrar en el terreno histórico más que antropólogos, economistas o sociólogos del pasado. Riesgo, porque si el historiador economista, por ejemplo, es un economista del pasado, la historia y la economía no tienen gran cosa de fundamental que enseñar: la difusión de innovaciones supone diferencias de potencial. En un momento en el que las capacidades de las ciencias sociales para esclarecer el mundo parecen dudosas a algunos, hay que abogar de una manera falsamente paradójica por una afirmación de las identidades disciplinares. Volveremos a ello.

Dentro de esta empresa plural, la exploración de los mecanismos temporales debe constituir la contribución particular de la historia. Contra el tiempo lineal de las crónicas y de la historia positivista, los historiadores de los *Annales* han sido los primeros en subrayar la complejidad del tiempo social y han privilegiado la larga duración. Hoy, la atención puesta en el suceso y el resurgimiento de un cierto historicismo indican que la intuición inicial está en camino de agotar sus efectos. La metáfora del escalonamiento de los planos de la historia y el cuidado particular de los fenómenos de más larga duración llevan consigo el riesgo de olvidar los procesos por los cuales lo nuevo sucede. En el momento en el que las teorías de la autoorganización redescubren que el futuro es a la vez poco previsible y que está completamente contenido en el pasado, los historiadores permanecen singularmente callados. Tienen razón si vemos que las respuestas dadas a estas cuestiones son hasta ahora sumamente retóricas. Están equivocados, si se piensa que el tiempo es posiblemente el único objeto específico verdadero de la historia.

Rechazar el encontrar los mecanismos de las transformaciones por venir en las configuraciones presentes de un sistema vuelve a colocar las causas del cambio en una posición exógena. Observa-

mos una dificultad lógica a una explicación histórica que colocara fuera de sus influencias, en posición exterior, una variable crítica tal. La atención a los procesos supone, al contrario, que las temporalidades humanas son múltiples, que la coincidencia cronológica no basta para fundamentar la verdadera contemporaneidad, que los desfases son creadores. Lo nuevo es posible, porque una sociedad funciona siempre junto a su organización formal, porque una economía no tiene más que parcialmente la coyuntura de sus estructuras (o más bien, porque estas categorías son rígidas es que el pensamiento de las evoluciones es difícil). Se debe establecer la hipótesis de que dentro de los múltiples desfases entre las formas, las estructuras y los funcionamientos se encuentra el origen de una evolución que no sería ni alométrica ni estacionaria, sino más exactamente histórica, es decir, irreversible, imprevisible y determinada. Se debe establecer la hipótesis de que cada sociedad está en un proceso constante de construcción de sí misma, y que en el análisis de este movimiento se encuentra la única manera de romper con la insignificancia de los relatos de sucesos así como con la tautología de las descripciones al interior de categorías predeterminadas.

En su versión dominante, la historia social ha sido concebida, de golpe, como aquélla de lo colectivo y de lo numeroso. Muy pronto se preocupó de medir los fenómenos sociales a partir de indicadores simples (o simplificados) pero cuantificables masivamente, de establecer cuadros de distribución y curvas de evolución, de describirlos y comentarlos. De esta manera, se ha reunido y analizado un enorme material. Pero en el desarrollo mismo de la investigación, la acumulación de datos ha devorado a la ambición y a veces a la inquietud misma de la interpretación. Si la descripción cifrada constituía lo esencial, entonces había que, para dotarla de la fuerza de la evidencia, postular que el resultado obtenido correspondía a alguna cosa de lo real. La prioridad concedida sobre las relaciones a las estructuras más fácilmente calculables y la objetivación de las categorías aparecían, así, lógicamente contenidas en el intento. Desde hace tiempo se ha tenido la inquietud, aquí mismo, a propósito de la desviación de la historia de los precios o por la forma en la que ha sido manejado, de entrada, el análisis de las categorías socio-profesionales del pasado. Hubiera sido mucho mejor reflexionar sobre la manera en la que, sobre todo en Francia, se conforman con yuxtaponer los diferentes aspectos de la realidad histórica, ajustando las categorías sociales a las grandes distribuciones propuestas por la historia económica, colocando después los hechos culturales en los casilleros del cuadro socioeconómico así constituido. De ello ha nacido una especie de sociografía común que ha mostrado sus límites rápidamente. El desarrollo de amplios bancos de datos, que mientras más exhaustivos se creen más cercanos a lo real; o el recurrir a los métodos de análisis factorial, técnicas más sofisticadas de descripción de grandes cuadros estadísticos, pudieron, por un instante, aparecer como una panacea. Pero, de hecho, tropiezan contra las mismas aporías que tiene una concepción simplificada de la relación entre el historiador y el documento, entre el archivo y el pasado, y que desembocan en la objetivación de las estructuras analíticas.

La atención a los procesos supone que las temporalidades humanas son múltiples.



Los objetos sociales no son cosas dotadas de propiedades, sino conjuntos de interrelaciones cambiantes en el interior de configuraciones en constante adaptación.

La sociedad no es una cosa. No es indiferente que un número de investigadores actuales converjan para apartarse de los dos grandes modelos que han dominado las ciencias sociales, el modelo funcionalista y el modelo estructuralista, para volcarse hacia los análisis en términos de estrategias que permiten reintroducir la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación, en el corazón del juego social. Estas nociones, que juegan un papel central en todas las ciencias sociales hoy en día, sirven para pensar. Nos recuerdan que los objetos sociales no son cosas dotadas de propiedades, sino conjuntos de interrelaciones cambiantes en el interior de configuraciones en constante adaptación. El intercambio económico, en su forma más simple, supone una convención constitutiva, o un arbitraje preliminar entre convenciones alternativas. No todas pertenecen a la esfera del equilibrio mercantil sino que remiten a las representaciones mentales y a las relaciones sociales, se inscriben en un tiempo largo que cada operación reactualiza y altera. Las identidades sociales deben concebirse como realidades dinámicas que se construyen y se deforman de cara a los problemas a los que los actores sociales se enfrentan, como formaciones que no pueden comprenderse sino examinando su desarrollo en el transcurso de un periodo suficientemente largo. Igualmente, la definición de política no es separable de la organización de un campo de fuerzas inestables y que no cesan de ser reclasificadas. El ejercicio del poder es la recompensa de aquellos que saben explotar los recursos de una situación y sacar partido de las ambigüedades y de las tensiones que caracterizan el juego social.

Estas relaciones se inscriben dentro de una dinámica; escapan al análisis desde que se les intenta congelar en un momento particular para separar los componentes. Estos procesos —por los cuales los actores redefinen permanentemente, según lo que ellos piensan hacer y lo que ignoran que hacen, la organización de lo social— forman el objeto mismo de la historia. No se podría aceptar que están determinados *a priori*. No puede establecerse una relación, de entrada, entre, por ejemplo, el comportamiento de un grupo, su composición social y una conciencia política que parecían, ambas, correr al parejo. Dilucidar los modos de relación entre estos tres polos es precisamente la tarea que el historiador debe imponerse. “Economías-Sociedades-Civilizaciones”: el subtítulo de los *Annales* no debe leerse como un estímulo a confundir la historia total con una especie de suma aritmética, ni tampoco a buscar las determinaciones sucesivas entre los niveles escalonados de la experiencia social. A decir verdad, lo económico también es lo cultural, como lo social es lo económico. Toda sociedad funciona como un sistema generalizado de equivalencias entre estas tres categorías (que no tienen, por otra parte, valor más que de uso). En el análisis de las modalidades de estas equivalencias debe verse una fuente para una comprensión de las sociedades y de los tiempos.

No más que otros saberes, la historia no progresa por la adecuación cada vez más estrecha a los procesos pasados. La carencia de información no está fundamentalmente en cuestión aquí. La crítica de las fuentes constituye menos un grado de ajuste a la

realidad —la metáfora del espejo, utilizada en algún momento, es engañosa en este punto— que no aprecia las características internas del documento y no delimita el campo del cuestionario a aplicar. Las razones deben buscarse en otra parte. De un lado, un proceso social remite a una multitud de experiencias existenciales, individuales e irreductibles. Del otro, como todo discurso científico, la historia no produce nunca más que comentarios, más que modelos de inteligibilidad. De la metáfora de lo social como texto, desarrollada por toda una corriente de la antropología contemporánea, se deben al menos recoger las nociones de polisemia y de la participación activa del lector en la producción del sentido. De la modelización, hay que retener que un buen libro de historia es un sistema de proposiciones explicativas ligadas sólidamente entre sí.

Así, la historia no se limita a inventar sus problemas, reactualizando los cuestionarios, haciendo suyas las interrogaciones de disciplinas afines, o cristalizando una demanda social. Al mismo tiempo ella construye sus objetos. Un artículo o un libro de historia no es una reproducción reducida de lo real, sino la expresión de una estructura que disuelve la opacidad —en función de hipótesis iniciales y de reglas experimentales previas. Construcción revisable, por consiguiente, a partir de principios de inteligibilidad diferentes o de métodos nuevos. Pero construcción determinada puesto que las proposiciones que la constituyen no deben, a la vez, entrar en contradicción con los datos disponibles y responder a principios de coherencia interna.

Si el objeto de la historia no puede plantearse en posición de exterioridad y si no debe ser encerrado en categorías *a priori*, es el curso mismo de la investigación, son los procedimientos de la experimentación los que lo construyen y lo hacen inteligible. El saber histórico no progresa por la totalización sino, para utilizar metáforas fotográficas, por el desplazamiento del objetivo y por la variación de la distancia focal. De este estado de cosas no pueden extraerse todas las consecuencias. Una técnica que pertenece al bagaje de todo historiador, el análisis de series temporales, debería permitir progresar en ese sentido. Para comprender en todo momento el valor de una magnitud sometida a variación cronológica, sabemos que se descompone la serie aislando sucesivamente, por ejemplo, las variaciones pluriseculares, los movimientos largos y las fluctuaciones cíclicas cuya orientación y ritmo remitan, en cada escala temporal, a causalidades específicas. Para la observación de los procesos sociales la variación razonada de las escalas de observación constituye un paso del mismo tipo. El ajuste diferente de la óptica revela, a la vez, nuevas configuraciones, subraya la inadecuación parcial, es decir, el carácter reductor de las categorías conceptuales disponibles, sugiere nuevos principios explicativos: en cada nivel de lectura la trama de lo real aparece diferente. Ello conduce, por parte de los métodos, a prestar una atención particular al papel que juegan el observador y sus instrumentos en la elaboración del análisis. Hay que romper la oposición empobrecedora entre el micro y el macro-análisis para profundizar en la cuestión más esencial de las formas de adecuación aceptables entre los cuestionamientos, los métodos de estudio y la escala de

El saber histórico no progresa por la totalización sino por el desplazamiento del objetivo y por la variación de la distancia focal.



La interdisciplinariedad es un modo de relación entre prácticas científicas especializadas.

observación de los fenómenos. En cuanto a los principios explicativos, esto lleva a subrayar que no existe oposición sino antes bien complementariedad de las escalas de análisis. Cada escala notifica un nivel de explicación particular (es por eso que la interrogante planteada por la microhistoria, por ejemplo, no es la de la representatividad que supone la homogeneidad de las variables explicativas, sino la de la generalización). Entonces, la síntesis histórica pasa por la constitución de nuevos objetos, y el cambio de escala que implican supone una modificación de las hipótesis cuyo conjunto constituye un modelo. Por otra parte, los principios explicativos verificados en una escala no constituyen argumentos que se opongan a aquéllos establecidos en otra. La exploración de la diversidad de lo real no puede pasar por la reducción de la cantidad de relaciones causales, o por la búsqueda de un hipotético principio racional único. A la simplificación, los modelos históricos deben preferir la complejización; contra el empobrecimiento deben escoger el enriquecimiento, único medio para dar cuenta de la complejidad de los procesos sociales.

La empresa requiere de una redefinición de los medios y fines de la interdisciplinariedad. Bajo este nombre se han reivindicado desde el origen de los *Annales* el derecho y el deber de los historiadores de franquear las coacciones disciplinarias y de aprovechar todos los recursos que ofrecen las ciencias sociales, incluso los de las ciencias de la vida. La historia de la interdisciplinariedad ha sido la de una generosidad intelectual que es, posiblemente, lo mejor de lo que la revista ha aportado a la comunidad de historiadores. No pensamos cortar el hilo, pero es mejor precisar qué se puede esperar hoy —y cómo.

La interdisciplinariedad es un modo de relación entre prácticas científicas especializadas. Estas relaciones, su naturaleza, su función, su eficacia, están determinadas por la relación que existe, en un momento dado, entre las disciplinas al mismo tiempo que por su propia evolución. Esta relación, desde principios de siglo, ha cambiado. Durkheim y sus discípulos soñaron con una ciencia social unificada en torno a un método que sería común a todas las disciplinas. Una generación más tarde, Marc Bloch y Lucien Febvre, y después de ellos Fernand Braudel, dieron total prioridad a lo que llamaron felizmente el “desmontaje” del trabajo intelectual: el préstamo, a menudo salvaje, incitado por un formidable apetito de conocimiento, fue con ellos la regla. Pero la expansión acelerada del territorio del historiador, la multiplicación de regiones inéditas, fueron satisfechas al precio de un riesgo inesperado: el de una nueva construcción que no pasaría ya, esta vez, por las ciencias sociales, sino al interior de nuestra disciplina, ella misma cubierta de nuevas especializaciones. Ayer se hablaba de un “estallido” de la historia. Hoy el problema se plantea en términos diferentes. Sabemos bien que ningún paradigma capital propone ordenar, menos aún unificar el campo de los proyectos y de sus prácticas. La historia está empeñada en un trabajo de redefinición de sus proyectos y de sus prácticas —este número da testimonio de ello—, pero presentimos que ella no está sola en este caso, aun cuando, posiblemente porque es la menos rigurosamente codificada de las

ciencias sociales, sea la primera en exponer públicamente sus dudas e incertidumbres. En todo caso, en 1989 ninguna disciplina puede pretender una hegemonía intelectual o institucional sobre las ciencias sociales.

La intención no es necesariamente melancólica. Lo es menos cuanto que posiblemente, los efectos limitativos de la especialización no han sido además poco sensibles. No solamente los elementos de una cultura común se difunden de aquí en adelante, sino que cada vez más, las prácticas de investigación sugieren el empleo de competencias que se aten menos a los límites alcanzados. Hoy se trabaja todavía en canteras estrechas en las que se dedican a convertir en más compleja la realidad que constituye el objeto del análisis, a enriquecerla. Para esta tarea todos los medios son buenos y el problema disciplinario parecería presentarse apenas.

Sin embargo, esta práctica, positiva, conlleva también sus peligros. El primero radica en la multiplicación indefinida de experiencias individuales, aisladas, en las que cada investigador fijaría soberanamente las reglas de su alquimia personal: de ello resultaría una acumulación de estudios de caso no susceptibles de ser reproducidos, cuyos resultados no serían comparables ni acumulables. El segundo peligro es que esta solución empírica de los problemas de la interdisciplinariedad amenaza con hacer creer que éstos no se presentarán, que cada quien se defiende como pueda y que al final esta circulación de conceptos y de métodos bastará para garantizar una convergencia de hecho.

El momento nos parece, al contrario, bien elegido para replantear la interdisciplinariedad como pregunta. No como cuestión general (bajo este esquema las cosas parecen ganadas desde ahora), sino como problema de la práctica histórica más cotidiana. Quisiéramos adelantar aquí que en vez de pensar, como todo parece invitar a, la relación entre disciplinas en términos de homología o de convergencia, es útil hoy insistir en su especificidad, incluso en la irreductibilidad de unas y otras. La paradoja es aparente. Cada práctica científica construye la realidad a partir de una serie de hipótesis sujetas a verificación. Porque de una a otra las costumbres y los instrumentos conceptuales difieren, los objetos elaborados de esta manera no se ocultan. De ahí nacen muchas ventajas. La confrontación de las problemáticas, pero también de las prácticas, por una parte, recuerda útilmente el carácter resueltamente experimental de todo trabajo de análisis de lo social. Por otro lado, la innovación supone, en el orden intelectual como en otras partes, la diferencia. ¿Cómo escapar del peso de las tradiciones acumuladas, cómo olvidar las categorías mentales recibidas, esas "prisiones de larga duración", para producir un saber nuevo? Porque la interdisciplinariedad multiplica las miradas, asegura la puesta en distancia crítica de cada uno de los modos de representación de la realidad, permite, tal vez, no quedar prisioneros de ninguno. Ella debe ayudarnos a pensar de otra manera.

La interdisciplinariedad multiplica las miradas, asegura la puesta en distancia crítica de cada uno de los modos de representación de la realidad.

